

Se lo había oído decir a mi padre algunas veces: «Se acerca una turbonada». Pero en aquella época, yo aún no asociaba esa palabra a ninguna montaña. De hecho, mis padres casi nunca hablaban de sus orígenes ni de su familia, y por eso yo no sabía que existía una montaña llamada el Turbón ni que teníamos parientes en esa zona del Pirineo aragonés.

Sólo en una ocasión y muy de pasada, me pareció oír que papá tenía una hermana solterona que vivía en un pueblo prácticamente incomunicado. Claro que yo nunca me atreví a preguntárselo, ya que mi padre era un hombre bastante reservado y de muy pocas palabras.

En realidad, no supe nada de mi familia hasta que estalló la guerra civil y mi padre se marchó al frente. Entonces, un día, después de que empeza-

ran los bombardeos en Barcelona, mi madre me contó algunas cosas sobre mis orígenes. Que papá había nacido en un pueblo de la provincia de Huesca y que de muy joven se vino a Cataluña para trabajar como zapatero. Que mis abuelos paternos murieron prematuramente a causa de una epidemia de meningitis y que mi padre tenía una hermana mayor que él, que se llamaba Josefina. El caso es que mi padre y su hermana estaban peleados desde hacía años, y que él jamás quiso volver al pueblo ni de visita.

Y en cuanto a mamá, ella misma me explicó que era huérfana y que se crió con las monjas, en un orfanato. Que papá y yo éramos su única familia y que no tenía a nadie más en el mundo.

Descubrir aquello no me impresionó demasiado, ya que no podía echar de menos a una familia que por lo demás nunca había tenido. Claro que esto fue antes de que llegara aquella carta y mi madre se pasara tres días y tres noches encerrada en su dormitorio, llorando desconsoladamente. Ella no me lo dijo de inmediato aunque yo lo supe desde el mismo momento en que terminó de leerla

y los ojos se le llenaron de lágrimas. De hecho, ella aún tardó varias semanas en atreverse a darme la noticia de que mi padre había muerto en el frente.

A partir de aquel momento, mamá no volvió a ser la misma. Se pasaba el día deambulando de aquí para allá por el piso como sonámbula y, de vez en cuando, la veía mirando la ropa de mi padre y acariciándola con la punta de los dedos. Realmente, verla de aquella manera me rompió el corazón tanto o más que la muerte de mi padre. Supongo que la sensación de impotencia que yo sentía en aquellos momentos era tan abrumadora que apenas si me dejaba pensar en él. Intenté ayudarla, darle ánimos, pero mamá cada día estaba peor y un día cayó enferma y ni pudo ir al trabajo.

Entonces, todo cambió de repente y a mis once años me convertí en un hombre hecho y derecho de un día a otro. Con mamá enferma y postrada en la cama, no tuve más remedio que madurar del modo en que lo hice.

La enfermedad de mi madre no pintaba nada bien, y suerte que la señorita Ana de vez en cuando venía para echarnos una mano y ayudar en lo

que buenamente podía trayendo ropa usada de su familia y algunas medicinas para mi madre muy difíciles de encontrar en aquellos días en las farmacias. Yo sabía que la señorita Ana era hija de un poeta muy famoso y una mujer muy religiosa. De hecho, sé que fue la propia señorita Ana quien sacó a mamá del orfanato y le consiguió un empleo en la fábrica mucho antes de que ella conociera a mi padre.

Durante aquellos días yo me hice cargo de todo y recuerdo que me levantaba a la una o a las dos de la madrugada para hacer cola en la panadería, que no abría hasta las seis. Aquellas colas eran especialmente insoportables, debido al frío que pasábamos a la intemperie. Por eso, yo siempre procuraba colarme y alguna que otra vez me había llevado un buen sopapo por quererme pasar de listo. Luego, el chusco que nos daban teníamos que racionarlo bien para que nos durara todo el día. En casa, mamá lo partía en dos pedazos, y ella siempre se guardaba el suyo en su habitación. De hecho, yo intentaba disimular el hambre y quería que ella se quedara un pedazo más grande, ya que

a los chavales, en la escuela, a diario nos daban un cuarto de pan moreno y un vaso de leche en polvo. Pero mamá era más terca que una mula y siempre terminaba dándome su parte, pues la pobre no soportaba verme pasar hambre.

En aquellos días la escasez de comida ya era tan grande para todos, que hasta las palomas de la plaza Cataluña habían desaparecido hacía tiempo porque la gente las cazaba para comérselas; lo mismo pasó con los gatos callejeros, que también desaparecieron de golpe para ir a parar al estómago de los vecinos, que estaban desesperados con la dieta de garbanzos y gachas a la que estábamos sometidos.

A partir del invierno de 1937 desaparecieron definitivamente las patatas, el aceite, la carne, y con las cartillas de racionamiento apenas si podíamos comprar algo de arroz, legumbres y alfalfa para los animales, que naturalmente se comía la gente, pues aquéllos hacía tiempo que también habían sido devorados por sus dueños.

Pero las consecuencias de la guerra no sólo afectaron a la escasez de comida. El frío que pade-

cidos aquel invierno fue aún, si cabe, mucho más duro y difícil de soportar. En mi casa, mi madre y yo tuvimos que arrancar todas las puertas de las habitaciones para hacer leña con la madera y, de ese modo, tener fuego para cocinar y calentarnos.

Los chavales teníamos las manos y las orejas llenos de sabañones y recuerdo que mamá, cuando el frío era más intenso, ponía a veces unas piedras a calentar en el fuego para que luego yo me las metiera en los bolsillos del abrigo y así no helarme las manos en la calle.

Pero las noches eran especialmente duras e interminables. Entre las alarmas de los bombardeos, el frío y los piojos, que se encargaban de martirizarnos permanentemente, recuerdo haber pasado más de una noche en vela. A veces, me despertaba por culpa de las picaduras de las chinches y tenía que encender la luz de mi habitación para buscarlas pacientemente entre las sábanas de mi cama y exterminarlas una a una. Una noche, a finales de enero, ocurrió algo sorprendente. Recuerdo que me desperté sobresaltado por las alarmas y los disparos de las baterías de Montjuïc.

Como de costumbre, corrí hacia la habitación de mi madre, que desde que se había puesto enferma no me dejaba dormir en su cama. La pobre, que también se había despertado, rápidamente me echó una manta sobre los hombros y con lo puesto salimos corriendo hacia el refugio.

Desde que había comenzado el año, las alarmas sonaban prácticamente día y noche y todo el mundo estaba aterrorizado y con los nervios a flor de piel. La ciudad ofrecía un aspecto siniestro, y se decía que en algunos barrios había manzanas enteras que habían desaparecido bajo las bombas. En la calle, todas las ventanas, escaparates o puertas donde hubiera cristales estaban cruzadas por papel engomado para evitar que el estallido de las bombas se transformase en «metralla», ya que mucha gente había sufrido heridas graves por una andanada de cristales. Además, tan pronto anochecía se cerraba todo herméticamente para que ninguna luz pudiera ser vista por los aviones, y las calles permanecían a oscuras, al igual que las tiendas, bares y lugares públicos.

El refugio más cercano estaba en la iglesia de Sant Felip Neri, y no tardamos más de dos minutos en llegar. A mí aquel día me hubiera gustado quedarme en casa para ver los aviones desde la azotea, como hacían algunos amigos míos que no siempre iban al refugio cuando sonaban las alarmas. No todo el mundo pensaba como mi madre; había gente que no tenía mucha confianza en los refugios porque en algunos habían caído bombas y de poco habían servido.

Pero aquella noche del 25 de enero de 1938, cuando por fin cesó el bombardeo y pudimos salir del refugio, tuve la oportunidad de presenciar la cosa más maravillosa que jamás había visto. Una extraña luminosidad apareció por detrás del Tibidabo, y todo el mundo se quedó asombrado contemplando aquel prodigioso espectáculo que nadie sabía exactamente lo que era. La gente estaba tan sorprendida que pronto empezaron a hablar de milagros y de que aquello significaba el fin de la guerra. Claro que al día siguiente, los periódicos aclararon que aquel fenómeno, muy raro en estas latitudes, era una aurora boreal, y que había sido



observado en casi toda Europa. De todos modos, aún quedó mucha gente que prefería creer en un fenómeno sobrenatural y aquello les ayudó a mantener la esperanza de que el cese de los bombardeos sería cuestión de poco tiempo.

Los días iban pasando, pero mamá no mejoraba. Yo le había oído decir al médico que debía guardar reposo y, sobre todo, que tenía que beber mucha leche porque había algo en sus pulmones que no funcionaba como era debido. Pero, naturalmente, conseguir leche en aquellos días era casi imposible si no tenías mucho dinero, ya que andaba escasísima y sólo se encontraba de estraperlo. Entonces, una vez más, la señorita Ana fue providencial ya que consiguió que los dueños de una lechería de Sarriá, que todavía tenían algunas vacas, nos vendieran un litro de leche dos veces por semana. Pero como Sarriá estaba muy lejos de casa y mamá todavía me tenía por un chiquillo, no quiso aceptar de ninguna de las maneras que yo fuera solo porque tenía miedo de que pudiera ocurrirme alguna desgracia durante los bombardeos. Así que finalmente no tuve más remedio que aguantarme y dejar que

Dolores, la hija de la señora Nuri, nuestra vecina del piso de arriba, me acompañara como si yo todavía fuera una criatura incapaz de valerse por sí misma.

Dolores estaba a punto de cumplir dieciséis años y era una presumida inaguantable, y yo no quería que por nada del mundo me vieran mis amigos en su compañía. Por eso, siempre procuraba salir cuando oscurecía y así no podían verme, porque a aquellas horas los chavales ya solían estar en sus casas.

Un día en que regresábamos más tarde de lo normal porque Dolores se había entretenido coqueteando con unos soldados, las sirenas de alarma empezaron a sonar cuando íbamos en el tren, y como sucedía siempre que había aviso de bombardeo, cortaron el suministro eléctrico y nos quedamos encerrados en medio de un túnel entre estación y estación. Inmediatamente, nos hicieron bajar del tren, y tuvimos que andar por los carriles hasta llegar a la estación de la plaza Molina. Una vez allí, y en lugar de quedarnos a cubierto hasta que cesara el bombardeo, salimos a la calle

Balmes y echamos a andar hacia nuestra casa. Era la primera vez en mi vida que podía ver un bombardeo y no quería perdérmelo. Cuando sonaban las sirenas, mamá siempre me obligaba a ir al refugio, por lo que yo era el único entre mis amigos que jamás había podido verlo con mis propios ojos. Además, las alarmas podían durar algunas horas y yo aquel día no quería que mi madre sufriera pensando que nos había sucedido algo. Y de hecho, no nos pasó nada de puro milagro. Desde donde estábamos, se podía ver perfectamente el cielo de la parte baja de la ciudad, convertido en un monstruoso castillo de fuegos artificiales debido a las explosiones de las bombas que, por unos instantes, iluminaban el cielo con densas nubes de color rosáceo, y se podían distinguir perfectamente las columnas de humo y polvo que emergían después de las explosiones. Además, pasados los primeros momentos del ataque aéreo comenzamos a ver los fogonazos de los proyectiles antiaéreos y las bengalas lanzadas desde las baterías de Montjuïc, que usaban para ajustar la puntería, y sobre todo las impresionantes luces blancas

de los reflectores que desde distintos puntos de la ciudad exploraban el cielo buscando los aviones enemigos, que aparecían y desaparecían como estrellas fugaces.

Cuando, finalmente, a Dolores y a mí nos pareció que el bombardeo había cesado, reanudamos nuestro camino oyendo a lo lejos las sirenas de las ambulancias y de los bomberos que acudían a la zona afectada por las bombas.

A Dolores los pies le dolían muchísimo porque aquel día se había puesto unos zapatos de tacón alto y apenas si podía dar un paso sin sentir unas terribles punzadas en los pies. Naturalmente, en aquel tiempo yo todavía era incapaz de comprender cómo, en plena guerra, alguien en su sano juicio podía salir de casa calzando unos zapatos de aquel tipo. Pero aquello no dejaba de ser otro de los misterios que las mujeres tenían para mí y no le di mayor importancia. La verdad es que en aquellos momentos me preocupaba mucho más llegar a mi casa cuanto antes, que el dolor que sentía mi vecina por presumir de zapatos elegantes.

A trancas y barrancas, y a punto de perder los estribos por culpa de sus quejas, fuimos bajando por la calle Balmes. Íbamos por el medio de la calzada, procurando tener cuidado con los desprendimientos de las cornisas de los edificios, ya que había oído decir a mis amigos que la abuela de uno del colegio había muerto aplastada por un desprendimiento. Yo sabía que corrían muchos rumores falsos y que los chavales tendíamos a exagerar pero, por si acaso, tomaba mis precauciones. Claro que eso de ir por el medio de la calzada no era tarea fácil, porque entre la histérica de Dolores y los camiones de bomberos, las ambulancias y los coches requisados para auxiliar a los heridos, que más de una vez circulaban en dirección contraria, aquello era casi tan peligroso como el propio bombardeo.

Pero esos peligros curiosamente a mí no me daban miedo. Supongo que todos estábamos tan acostumbrados a esas situaciones, que incluso ver a los muertos entre los escombros no nos causaba la más mínima impresión. En cambio, una de las cosas que más me impresionaron fue a principios

de la guerra, cuando algunos exaltados empezaron a quemar y saquear iglesias y conventos y a profanar las tumbas de las monjas, que exponían en las aceras de la calle. Recuerdo que un día yo había acompañado a la señora Nuri a comprar verduras de estraperlo a unos payeses que tenían el huerto en el barrio de Sant Martí. Al volver, pasamos por la Sagrada Familia y nos detuvimos a mirar cómo un grupo de personas sacaban a la calle montones de huesos, libros, estatuas de santos y hasta un clavecín medio chamuscado. Pero lo que más me impresionó fue la momia conservada en perfecto estado que expusieron en el exterior, porque tenía los cabellos muy largos y bien peinados.

Cuando por fin llegamos a mi casa, mi madre naturalmente estaba muy preocupada. Hacía pocos minutos que ella también había regresado del refugio y todavía estaba temblando. Su aspecto era sobrecogedor y en seguida advertí que estaba más pálida y que había empeorado. Desde que papá se fue al frente mamá había envejecido un montón de años en apenas unos meses, y aquella sonrisa que tanto la caracterizaba se había esfumado de su ros-

tro para siempre. Mi madre tenía treinta y cuatro años y hasta hacía bien poco era una mujer bellísima y llena de vida, pero aquella alegría desbordante se había ido apagando lentamente y la tristeza la estaba consumiendo día a día. Mas esa noche, la primera vez que habíamos soportado un bombardeo nocturno sin estar juntos, noté que algo en ella había cambiado inexplicablemente en muy pocas horas.

Imagino lo que debió de sufrir pensando que yo estaba expuesto a los peligros del bombardeo mientras ella estaba a cubierto en el refugio. Por eso, me precipité a sus brazos y permanecimos un buen rato abrazados y en silencio. Realmente, las palabras sobran en aquellos momentos y yo, sin saber exactamente por qué, intuí que no debía explicarle que no tenía que sufrir tanto por mí. Que yo sabía protegerme y que era capaz de valerme por mí mismo.

Aquella noche cenamos casi sin hablarnos y mamá no se acostó hasta muy tarde. Estuvo escuchando la radio hasta pasadas las once y me extrañó que tuviera sintonizada una emisora en la que

hablaba Queipo de Llano. Luego, empezó a recorrer el piso, nerviosa. Yo oía sus pasos y hubiera querido consolarla, pero en realidad no sabía qué la angustiaba tanto y por qué se estaba torturando de aquella manera.

Unos días después, el maestro nos llevó a toda la clase a ver las baterías antiaéreas del castillo de Montjuïc. Dimos vueltas y más vueltas, rodeados por soldados de uniforme y milicianos vestidos de paisano, y si algo satisfacía nuestra curiosidad apenas si nos deteníamos, porque en seguida veíamos otra pieza de artillería o una tanqueta que todavía nos impresionaba más. Además, yo me moría de ganas de ver con mis propios ojos cómo eran realmente aquellos aparatos que había oído infinidad de veces desde el refugio y que sabía distinguir perfectamente. El sonido de las bombas era profundo, bajo, y producía un estrépito que hacía que todo temblara con el impacto. En cambio, el fuego de las baterías antiaéreas era más bien seco, repetitivo y desgarrado.

Para los chavales, poder contemplar en directo aquellos grandes artefactos que servían para



hacer la guerra era toda una aventura, ya que desde que había comenzado la contienda no hacíamos otra cosa más que jugar a matar enemigos. Las palabras guerra, victoria, lucha, enemigo o bombardeo formaban parte del vocabulario de nuestros juegos y en el patio de la escuela, donde antes solíamos jugar a las tabas o a la peonza, ahora sólo se jugaba a simulacros bélicos y a tirar y matar. A veces desarmábamos proyectiles y bombas de mano que habían sido lanzados sin explotar y que encontrábamos en la calle. Para nosotros, en el fondo, todo aquello no era más que un juego y no éramos plenamente conscientes del daño que aquellos artefactos podían hacer. De hecho, un día, uno de esos artefactos que desmontábamos inocentemente sin prever que pudiera explotarnos en las manos, explotó, y un chaval murió al instante. Pero ni aun así dejamos de sentir esa fascinación por las armas, supongo que la atracción que ejercían sobre nosotros era mucho más poderosa que el peligro que entrañaban.

Aquel día, al volver a casa me extrañó ver a mi madre levantada. Me la encontré en la cocina acor-

tando el dobladillo de un vestido de color rojo que hasta el momento nunca había visto.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Mamá alzó la vista y me mostró el vestido.

—¿Te gusta?

—Sí, claro..., es muy bonito —repuse, todavía sin entender a qué venía todo aquello.

—Es de Dolores, se lo estoy arreglando para que esta noche pueda a ir a un baile...

Su voz todavía era frágil, pero se le notaba una cierta chispa de alegría en el modo de mirarme. Como si de golpe aquellos ojazos hubieran recuperado parte de aquel brillo que últimamente habían perdido.

La dejé cosiendo el vestido rojo y me fui a mi habitación para esconder un par de cigarrillos que un artillero me había dado a cambio de unos cromos de jugadores de fútbol que yo tenía repetidos. De repente noté que estaba contento; ver que mamá se encontraba mejor me había levantado la moral y sin darme cuenta empecé a silbar.

—O me das uno o se lo digo a tu madre —dijo una voz a mis espaldas. Y yo rápidamente me volví, sobresaltado.

Dolores, con una pícaro sonrisa en los labios, me estaba mirando desde el pasillo.

—¿Qué te dé qué...? —repliqué, tratando de disimular.

—Un cigarrillo, ¿qué sino?

Entonces advertí que la muchacha estaba medio desnuda y que sólo llevaba puesta una combinación de color carne algo estropeada y unas gruesas medias de color negro. Inmediatamente, me ruboricé como un idiota y traté de balbucear una excusa para salir del paso.

—Yo no tengo cigarrillos...

—¿Ah, no? —exclamó ella, acercándose decidida—. ¿Y qué es eso que escondes bajo la almohada?

Rápidamente, traté de impedir que levantara la almohada, pero Dolores me hizo a un lado y antes de que yo pudiera reaccionar, agarró los cigarrillos y me los pasó por la cara.

—Todavía eres muy crío para fumar, ¿no crees?

—¡Y a ti qué te importa! —repliqué dolido y avergonzado, mientras trataba de arrebátárselos.

—Además —agregó ella—, son Lucky, ¿de dónde los has sacado?

—No es asunto tuyo, y para que lo sepas no voy a fumármelos. Son para cambiarlos por otras cosas.

—Entiendo... —añadió ella misteriosamente—. Pues si quieres, te los cambio yo misma...

Entonces Dolores avanzó hacia mí y me estampó un beso en los labios. Yo me quedé lívido. No sabía si limpiarme la boca para quitar la mancha de carmín o devolverle el beso como un auténtico galán de cine.

—Dolores, ven a probarte el vestido —gritó mamá desde la cocina. Y Dolores, rápidamente, se escondió los dos cigarrillos en la pechera y se dio la vuelta con toda tranquilidad, mientras yo me quedaba como un tonto, sin mis cigarrillos y viendo cómo se alejaba meneando el culo de forma provocativa.

Suerte que pronto tuve otra oportunidad para rehacerme de aquel fracaso ya que, pocos días después, Xavi y yo, al salir de la escuela, fuimos a merodear por los alrededores de la Boquería y pude conseguir otro valiosísimo botín.

La Rambla, como siempre, estaba repleta de gente y había un bullicio descomunal. Las terrazas de los cafés, a pesar del frío, estaban abarrotadas y por unos instantes podías tener la sensación de que no estábamos en guerra. Los tranvías circulaban con toda normalidad, pintados con los colores rojo y negro de la CNT, lo mismo que algunos coches, Ford o Hispano Suiza, que a pesar de estar requisados para hacer de ambulancia seguían provocando nuestra admiración, especialmente la de Xavi, que era un verdadero fanático de los automóviles.

Echamos a andar Rambla arriba desde el Pla de l'Os, sin apartar la vista de las floristas, que tenían merecida fama de guapas. A mí me costaba entender cómo aún podía quedar gente que despilfarrara el dinero comprando flores en aquellas circunstancias, pero estaba claro que la miseria no era igual para todos y todavía quedaban muchas personas que podían permitirse esos lujos y más. Si no, cómo se explicaba que los restaurantes tuvieran clientes a pesar de los precios abusivos, lo mismo que los salones de baile y los cabarets.

Al llegar a la plaza Cataluña, yo me quedé absorto contemplando la terraza de la Maison Dorée repleta de gente fina que tomaba sus aperitivos con la misma indolencia que lo hacían antes de que empezara la guerra. Naturalmente, aquello me producía una gran envidia, pero como mamá decía siempre, uno tiene que resignarse con su destino y no hacerse mala sangre con esas injusticias.

Entonces Xavi, harto de mirar a los ricos, propuso que bajáramos hasta el puerto para ver el *Uruguay*, un buque que la República había habilitado como prisión y en donde la gente decía que se celebraban juicios sumarísimos condenando a muerte a los enemigos.

De bajada, miramos los carteles de los cines que anunciaban *La casta Susana*, *La máscara de Fumanchú* y una película que tenía un título extraordinario, *Sonámbula ingrata*. Desde el verano pasado, yo no había puesto los pies en un cine, incluso me había perdido la oportunidad de ir con la escuela, ya que el día que fueron todos los de mi clase estaba enfermo con fiebre y no pude ir.

Cuando llegamos a la estatua de Colón, pudimos ver los destrozos ocasionados por el bombardeo del día anterior que afectó especialmente a varios edificios del Portal de Santa Madrona y en los que murieron unas cuarenta personas. La zona portuaria del muelle de España también había sido bombardeada esa misma noche, y a esas horas todavía ofrecía un aspecto devastado. La entrada del puerto parecía un auténtico cementerio de buques de toda clase y tonelaje. Frente al muelle de Oriente unas enormes grúas trataban de reflotar un carguero del que prácticamente sólo asomaba del agua la chimenea y parte del puente de mando. Por todas partes quedaban contenedores y vehículos calcinados, y un grupo bastante numeroso de guardias de asalto aún trataban de salvar de entre los escombros parte del material en buen estado. El bombardeo de aquel día fue uno de los peores y yo mismo, aquella mañana, todavía había podido ver desde la azotea de mi casa la montaña de Montjuïc convertida en un auténtico volcán en erupción. Uno de los aviones había descargado sus bombas sobre los depósitos de petróleo del muelle, justo

detrás del castillo, y una negra columna de humo se alzaba a centenares de metros de altura, indicando que el incendio aún no había sido apagado del todo.

Mientras contemplábamos aquel desastre, vimos a varios compañeros de clase correr desparvoridos como si les estuviera persiguiendo el mismísimo diablo. Cruzaron las vías del tren y pasaron por delante de nosotros sin detenerse. Luis cargaba un abultado saco a la espalda y jadeaba como si aquello le pesara muchísimo. Ni Xavi ni yo podíamos saber qué se traían entre manos, pero saltaba a la vista que estaban huyendo de alguien y que en aquel saco debían de llevar algo de mucho valor. De lo contrario, ya lo hubieran tirado para correr con más facilidad.

No lo pensamos dos veces, Xavi y yo nos miramos con complicidad, y yo, sin necesidad de darle ninguna explicación a Luis, le arranqué el saco y apreté a correr por el paseo de Colón, hacia nuestro barrio. Ellos, comprendiendo la jugada, inmediatamente giraron hacia el Paralelo y siguieron corriendo en dirección contraria para despistar a



sus perseguidores. Entre nosotros era muy normal que nos echáramos una mano en casos como aquel. No era ni la primera ni la última vez que los chavales hacíamos incursiones en el puerto para ver qué podíamos pillar. Claro que, aquel día, tanto Luis como Jesús y su primo Ángel no habían dicho ni mu a nadie, y ellos solitos habían organizado una batida por cuenta propia.

Una hora después, los cinco nos encontramos para repartirnos el botín en la casa abandonada de la plaza Sant Just i Pastor. La casa, en realidad un palacete, había sido abandonada por sus propietarios nada más empezar la guerra. La habían cerrado a cal y canto, pero nosotros pronto hallamos la manera de entrar y salir sin que nadie se diera cuenta. Desde entonces, la utilizábamos para jugar o para escondernos y se había convertido en nuestro cuartel general secreto. Por lo que sabíamos, sus dueños eran una familia muy religiosa que había huido a Roma para evitar problemas con los anticlericales. Realmente, la casa era muy lujosa y dentro había muchos objetos de valor, imágenes de santos, pinturas y hasta un piano que hacía nues-

tras delicias a pesar de que ninguno de nosotros sabía tocarlo y nos limitábamos a aporrearlo de mala manera, mientras cantábamos algunos himnos patrióticos que habíamos aprendido en la escuela. De hecho, jamás supimos por qué esa casa no fue requisada por los comités de defensa civil para acoger la llegada masiva de refugiados, especialmente madres e hijos de otras regiones, que huían de las tropas nacionales.

Tan pronto llegamos Xavi y yo a la casa, nos faltó tiempo para comprobar que dentro del saco había unas veinte latas de carne en conserva. ¡Un auténtico tesoro! En el mercado negro, aquello valía un ojo de la cara, ya que aquel tipo de alimento estaba destinado exclusivamente a las tropas que se hallaban en el frente y prácticamente no se encontraba ni de estraperlo.

Luis, Jesús y Ángel llegaron unos minutos después resoplando y visiblemente exhaustos. Ángel era completamente bizco y nunca sabías si te estaba mirando o no. Con él había que ir con pies de plomo, ya que era un mala pieza y a la mínima te pegaba una sarta de sopapos que te dejaban balda-

do. Además, tenía la fea costumbre de no sonarse jamás los mocos y éstos le chorreaban de la nariz formando unas candelas que le llegaban hasta el labio superior. Con el frío los mocos se le congelaban y parecía que llevara bigote, dándole un aspecto todavía más fiero y peligroso.

Suerte que su primo Jesús sabía cómo mantenerle a raya y esto a veces evitaba algunos problemas. Sin ir más lejos, aquella misma tarde, si no llega a intervenir Jesús, Ángel no hubiera aceptado de ninguna de las maneras que nosotros dos entráramos en el reparto. El muy tozudo, mantenía que no teníamos el más mínimo derecho a compartir el botín, puesto que nosotros no habíamos intervenido en el robo.

Finalmente, llegamos a un acuerdo y Xavi y yo pudimos llevarnos tres latas cada uno. El reparto, naturalmente, no fue muy equitativo, pero tampoco hubiéramos conseguido más de otro modo. Ángel no estaba dispuesto a ceder y nadie en el mundo podía hacerle bajar del burro. Además, con tres latas yo ya tendría bastantes problemas con mi madre si no era capaz de inventar

algo convincente para explicarle de dónde las había sacado. Lo cual era prácticamente imposible ya que mi madre, aunque se estuviera muriendo de hambre, jamás consentiría en comer nada que fuera robado.

Por eso descarté ocultarlas en mi casa; corría el peligro de que mamá las descubriera, o, lo que todavía era peor, que las encontraran los militares que de vez en cuando registraban casa por casa buscando desertores. Así que no tuve más remedio que pedirle a Marcelino, el zapatero, que me las guardara. Marcelino era un buen hombre y sabía de sobra que podía fiarme de él. De hecho, era mi padrino y aunque eso no significara demasiado, papá siempre trabajó para él y Marcelino, más que su jefe, parecía que fuera su propio padre. Era un tipo peculiar, al que todo el mundo llamaba el Chepas por ser jorobado. Más bien bajito y rechoncho, tenía unas manos muy pequeñas y finas, casi de mujer. A mí de crío me gustaba ir a la zapatería y verlos sentados detrás del mostrador, picando clavos en las suelas de los zapatos. Marcelino se ponía un puñado de puntas en la boca, y luego, sin

soltar el martillo, las cogía una a una a una velocidad asombrosa y las clavaba siempre a la primera. En la zapatería, un local pequeño y oscuro que olía permanentemente a cuero y a cola, siempre había tertulianos que se sentaban a pasar la tarde hablando de cualquier cosa, mientras Marcelino y papá seguían trabajando sin despistarse ni pillarse los dedos con el martillo.

Desde que empezó a escasear todo, Marcelino, en la trastienda, siempre tenía algunos productos para vender a la gente de confianza del vecindario. Más que comida, Marcelino tenía jabón, hojas de afeitar y algunas cosillas de contrabando que algunos marineros le suministraban de vez en cuando. No creo que hiciera estraperlo para ganar dinero. En el fondo, creo que el Chepas lo hacía más por prestar un servicio a los vecinos que por lucro personal. Además, era su peculiar manera de ganarse el favor de alguna viuda y de que algún domingo lo invitaran a comer. Mamá le apreciaba mucho y decía que era un gran bailarín. Que nadie del barrio bailaba el tango como él. Claro que a mí me costaba imaginarle bailando, con aquella chepa

que le hacía parecerse tanto al jorobado de Notre-Dame de París.

Marcelino, desde que papá se fue al frente, siempre procuró echarnos una mano y de vez en cuando venía a visitarnos. A mí solía traerme unos soldaditos de cartón que vendían en los quioscos y yo me pasaba horas y horas jugando con ellos. Dicen que al principio de la guerra ayudó a algunos curas a escapar de Barcelona y que eso le había causado más de un problema con los de la FAI. Pero era tan buen hombre que nadie tomó represalias contra él ya que todo el mundo le respetaba mucho.

—¡Os habéis vuelto locos! —exclamó el pobre, al terminar de contarle de dónde había sacado las latas de carne—. Por una cosa así podrían fusilaros.

Naturalmente, yo sabía que exageraba y que sólo lo decía para asustarme. Nadie fusilaría a un niño por robar comida, aunque esta fuera para los soldados.

Aun así, el Chepas me guardó dos latas y la tercera me la llevé a casa para cenar aquella misma

noche. A mamá le dije que la lata de carne me la había regalado el pobre zapatero y ella no sospechó nada. Nos la comimos entera y a mí me supo a gloria bendita. Hacía más de un año que no probaba carne y apenas si recordaba el sabor que tenía.

Aquella noche, tuve una pesadilla horrible. Unos guardias de asalto registraban la zapatería del Chepas y encontraban las dos latas de carne. El pobre hombre, interrogado por los guardias, se asustaba y, tras venirse abajo, acababa delatándome. Luego, mientras se lo llevaban preso, dos guardias venían a mi casa y aporreaban la puerta con la culata de los fusiles.

Entonces me desperté muy asustado y gritando de miedo. Mamá, al oír mis gritos, se levantó de la cama y vino corriendo a mi habitación justo en el momento en que yo vomitaba al suelo toda la cena.

No pude más. Y mientras mi madre me abrazaba para consolarme, me desmoroné por completo. Las palabras de Marcelino habían calado hondo en mí y no pude mantener aquel engaño ni un minuto más. Mi madre, tras escuchar mi confesión,

me obligó a devolver las dos latas restantes a mis compinches. Y no hizo más comentarios. Pero esas pocas palabras le bastaron para hacerme comprender que ninguna situación, por angustiante que fuera, justificaba que olvidáramos nuestros principios para denigrarnos como personas.

Cinco o seis días después se repitieron los bombardeos y las alarmas sonaron continuamente desde primeras horas de la mañana hasta el mediodía.

Aquel día, yo estaba solo en casa porque mi madre había salido muy temprano para ir a visitarse al hospital Clínico. La señora Nuri la acompañó como otras veces, ya que nuestra vecina tenía la extraña costumbre de ir a ver las listas de muertos que colgaban en el vestíbulo del hospital.

Cuando empezaron a sonar las alarmas, yo todavía estaba en la cama. Me levanté todo lo rápido que pude, pero en lugar de irme al refugio salí corriendo hacia la azotea para ver llegar los aviones. Había oído decir que venían desde Mallorca donde los nacionales, después de tomar la isla, habían establecido su base. De pronto, sobre el mar, divisé seis puntos brillantes en el cielo, pero todavía esta-



ban demasiado lejos para verlos nítidamente. Entonces, me puse a mirar hacia la calle y vi cómo la gente corría despavorida hacia el refugio.

No tardaron en oírse algunas explosiones lejanas que parecían provenir del puerto. Emocionado y conteniendo el aliento, me acurrugué junto al depósito del agua y esperé a que los aviones se acercaran todavía más. Entonces oí un gran estruendo y levanté la cabeza justo en el momento en que los seis aparatos pasaban rápidamente a gran altura. A continuación escuché el silbido de las bombas y de repente una tremenda explosión justo abajo, en mi calle, a pocos metros de mi casa. Todo fue tan rápido que ni tuve tiempo de reaccionar. Un sinfín de ladrillos, piedras, cascotes, tubos de plomo, muebles y todo tipo de objetos fueron despedidos por los aires y la finca del número 15 de la calle Regomir quedó reducida, en segundos, a un montón de escombros.

Bajé tan pronto como pude. Por todos lados se elevaban columnas de humo y polvo, y algunos vecinos corrían de un sitio a otro gritando y llamando a sus familiares. Otros, sin embargo,

permanecían quietos en medio de la calle, inmóviles, como aturdidos. Entonces vi a la madre de Xavi, completamente ida y removiendo los escombros con las manos. Me acerqué a ella y, entre sollozos, la pobre mujer me explicó que su hijo había quedado sepultado. Rápidamente, me apresuré a ayudarla y empecé a remover piedras y cascotes. Xavi no tardó en aparecer entre aquella maraña de escombros asombrosamente ileso. Luego alguien, detrás de nosotros, empezó a gritar que había un hombre que se había quedado atrapado bajo una viga.

Xavi y yo nos acercamos inmediatamente y empezamos a apartar piedras, hasta que descubrimos una grieta ancha al fondo de la cual aparecía la cabeza de un anciano gravemente herido. Gritamos pidiendo ayuda y en seguida se acercaron un par de vecinos y, entre todos, finalmente logramos sacarlo y llevarlo hasta una ambulancia que acababa de llegar en aquellos momentos. Los bomberos, que también habían hecho acto de presencia, empezaron a socorrer a los heridos, que gemían pidiendo ayuda, y sacaban a los muertos de

entre las ruinas para cargarlos en un camión y llevarlos al depósito del Clínico.

Las bombas seguían cayendo sobre la Barceloneta. Pero todos sabíamos que podían volver de un momento a otro. De repente, Xavi vio un Savoia 79 que con el motor apagado venía directo hacia nosotros. Pensamos en correr hacia el refugio, pero con la intensa metralla que empezó a escupir no nos hubiera dado tiempo ni de dar dos pasos. Rápidamente, nos metimos detrás de unos escombros, justo en el momento en que el aparato se dejó caer hasta pasar rasante sobre los tejados. Creo que hasta nos pareció que el piloto nos había visto, pero entonces, incomprensiblemente, dejó de ametrallar, encendió el motor y reemprendió el ascenso. Cuando ya nos había parecido que el peligro había pasado, el avión dejó caer la última bomba y una fuerte explosión hizo temblar todo el barrio.

Luego, nos enteramos de que esa última bomba había ido a parar directamente sobre el refugio de Sant Felip Neri y que había provocado la muerte instantánea de todos los que estaban en

el subterráneo de la sacristía. Muchos de los veintitantos niños que murieron en la explosión eran amigos míos. Y lo más paradójico es que si yo, aquel día, llego a hacer caso de los consejos de mi madre, también hubiera muerto como el resto de mis amigos.